

EL PORVENIR

La candidatura aliancista

Al fin anteyar logró dar remate á su tarea la estrepitosa y bombástica Convención en que se habían congregado los grupos liberales aliancistas para designar de común acuerdo su candidato presidencial.

Antes de que la Convención se reuniese, declábase que en el seno de esa familia liberal, recién unificada por la milésima vez y en plena luna de miel, reinaban la más perfecta y admirable armonía y la más efusiva y amartelada cordialidad. Augurábase que, no bien se viesen reunidas de nuevo las diversas fracciones de la *gran familia*, no tendrían todas ellas sino un solo pensamiento, un solo corazón y una sola voz, y que sin tardanza brotaría, proclamado por aclamación unísono, entusiasta y frenética, el nombre del prestigioso candidato que había de encarnar las unánimes aspiraciones y servirles de única bandera.

Pero, contra esos optimistas vaticinios, durante casi una semana entera y á pesar de incesantes y empeñosos esfuerzos por llegar á un acuerdo, mantúvose en el seno de la Convención una pertinaz é intransigente lucha intestina, ásperamente sostenida por los candidatos y bandos contendientes y que ya llevaba visos de rematar en el fracaso.

Inútiles resultaban las negociaciones y conferencias que á cada instante se intentaban, infructuosas las exhortaciones más premiosas; las votaciones, fatigosamente repetidas unas en pos de otras durante días enteros, daban más ó menos un mismo resultado. Cada candidato se mantenía firme en sus trincheras rodeado de su grupo.

En el seno de la asamblea se notaban ya el cansancio, el hastío y el desaliento, por más que, para la exportación y para contrarrestar el descrédito que ante los ojos de la opinión pública comenzaba á producirse, se afanasen los convencionales en hacer creer que el mérito y la gloria de la Convención consistía precisamente en que sus miembros no pudiesen entenderse dentro de aquel campo de Agramante y torre de Babel; por más que procurasen excusarse diciendo que en Estados Unidos duran las Convenciones muchos días.

Y no era que la porfiada división y

Y no era que la porfiada división y la discordia procediesen solamente de las preferencias individuales en favor de este ó aquel hombre, hijas de la diversa apreciación de sus cualidades y dotes personales. No: eran las diversas tendencias las que allí luchaban; eran los grupos, las fracciones y los partidos en que, no obstante sus frecuentes *unificaciones*, está la familia liberal dividida las que tomaban allí posiciones unas contra otras y en ellas se hacían fuertes y resistían tenazmente!

Eran los liberales democráticos compactos quienes persistían en dar sus votos a Don Claudio Vicuña; eran los liberales doctrinarios y radicales quienes se encastillaban en favor de Don Augusto Matte ó de Don Ramón Barros Luco; eran los liberales llamados de Gobierno quienes votaban inflexiblemente por Don Fernando Lazcano. Era la división de los diversos partidos liberales la que se traducía y manifestaba en el seno de la Convención, como reflejo y consecuencia de la real división fuera de ella.

Don Claudio Vicuña, el heraldo, el apóstol incansable de la *unificación liberal*, el porta-estandarte y caudillo de la *unificación liberal*, la encarnación de la *unificación liberal*, no tuvo en los innumerables escrutinios otros votos que los de su propia fracción política y fué tenazmente combatido y resistido hasta el fin por todos los demás grupos, remudándose los contendores que sucesivamente se ensayaban para cerrarle el paso, no obstante haber sido él quien tuvo siempre a su favor las mayorías más crecidas.

Don Ramón Barros Luco y Don Augusto Matte, personalidades conspicuas del liberalismo, fueron, a su vez, resistidos con obstinación por los grupos liberal democrático y liberal llamado de Gobierno.

beral democrático y liberal llamado de Gobierno.

Don Fernando Lazcano, finalmente, uno de los principales promotores de la evolución unificadora y de la Convención, a pesar de haber tenido de su lado constantemente un numeroso y firme grupo de adherentes hasta el último momento, fué porfiadamente rechazado también por todas las demás fracciones.

No había, pues, entre todos aquellos elementos la armonía y cordialidad de una familia ni vínculo alguno positivo de unión. No los ligaba sino el vínculo negativo y momentáneo de un odio común.....

Así las cosas, aguijoneados los diversos grupos por el temor de un fracaso ya inminente y vencidos por el cansancio y el tedio de aquella interminable, monótona y pesada brega, después de haber tentado infructuosamente mil componendas y haber llegado á pensar hasta en rebajar la mayoría requerida por las bases de la

Convención, hubieron de resolverse, á la desesperada, á salir del paso de cualquier manera; bien así como el que va ahogándose se aferra de cualquier matorral de la orilla, por espinoso que sea, y como el que ve la casa amenazada de un incendio, sale de ella, aunque sea por la ventana.

De ahí la forzada proclamación de Don Germán Riesco como candidato de transacción para que la fiesta acabase en paz y no rematase en el más solemne fiasco.

De ahí que, por obra de la fatiga, del descrédito exterior y del temor al fracaso, resultase fortuitamente levantado sobre el pavés precisamente el candidato que menos adhesiones había mostrado tener en la Convención, el que menos votos había reunido en su favor, el que desde la primera sesión se había dado por vencido y había retirado sus pretensiones, declarando sobre su firma que no podía él unir á los diversos grupos y partidos.

De ahí el triunfo de una candidatura que los convencionales aclaman hoy á más no poder, sin que, excepto un estrecho círculo de deudos inmediatos, ningún otro quizás pueda decir con sinceridad que ve con ella satisfechas sus aspiraciones.

De ahí la candidatura de un hombre sin antecedentes políticos de ningún género, sin preparación, sin fisonomía propia, sin títulos y sin méritos, sin raíz alguna en la opinión pública y completamente desconocido para el país.